

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and manicured nails placing a dark teal puzzle piece into a larger puzzle. The puzzle is set against a background of a teal grid with faint white numbers. The lighting is soft, highlighting the texture of the puzzle pieces and the skin of the hand.

“EL HOMBRE NORMAL”
EI-010821-065

“EL HOMBRE
NORMAL”

© 2021 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: agosto 2021

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010821-065

“EL HOMBRE NORMAL”

Si observamos a nuestro alrededor son mucho más los seres normales, sin nada extraordinario en sus vidas, que los que tienen dones, habilidades, y virtudes que los hagan excepcionales entre los demás.

S

E

M

A

N

A

—

1

—

Si nosotros vemos a nuestro alrededor, ya sea en nuestro lugar de trabajo, o el lugar de estudio, o en las reuniones de Iglesia misma, nos damos cuenta que es más fácil ver personas normales que personas extraordinarias. A pesar de que estamos conscientes de esta normalidad, la mayoría de los seres humanos en nuestro interior tenemos el concepto de que “en algo” somos extraordinarios. Casi todos tendemos a pensar: “Yo sé que no soy una persona extraordinaria, pero tengo algo en lo que soy muy bueno”. Obviamente esta apreciación nos queda sólo para nosotros mismos, porque si la expusiéramos públicamente, nos pudiéramos llevar la sorpresa de que hay alguien que nos supera en mucho. Otra cosa que hacemos normalmente es buscar algún amigo que nos diga que somos los mejores en determinada área. Por ejemplo, es común

escuchar a las hermanas de la Iglesia elogiarse por la comida; es casi obligatorio que cada una de ellas tenga la fama de ser especialista en “alguna receta”; de modo que una es famosa por ser especialista en hacer pupusas, otras para hacer pastas, otras para hacer carne, otra para hacer “x” postre, etc. Igualmente sucede con los varones, a alguien que tiene muchos años de manejar le gusta que lo elogien por su gran experiencia para conducir automóvil; y así cada quien en diversas áreas.

En realidad, el 99.99% de la raza humana somos seres muy normales, dicho de otra manera, casi no hay seres humanos extraordinarios. Ahora bien, interiormente, todos nos vemos con algo extraordinario. Esto se vuelve un gran problema porque para la mayoría su opinión subjetiva es contraria a la realidad. Cada quien se forja en su mente un “algo” que lo hace extraordinario; y esto no es más que el resultado del “falso yo”. En un sentido básico, el “Falso yo” es la opinión interior sublimada de nosotros mismos. Acerca de esto hemos dicho en otras ocasiones que el “Falso Yo” es la personalidad que adoptamos a raíz de los conflictos emocionales que vivimos en las

etapas de nuestra formación, y desarrollo psicológico. En esa etapa de formación, todos escogemos una máscara en la que cual nos refugiamos el resto de nuestra vida, y es lo que tratamos de presentar ante los demás.

Dice Romanos 12:3

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”.

Según este pasaje, el apóstol Pablo pudo entender por la revelación divina que todos los seres humanos tendemos a creernos más que los demás. Él nos exhorta a que pensemos de nosotros mismos con cordura, es decir, de una manera acorde a nuestra realidad. No debemos fantasear al tener un concepto de lo que somos. Necesitamos una liberación genuina de esa forma “falsa” de concebirnos, porque esto es lo que muchas veces impide que nos acerquemos al Señor con humildad. Con el paso de los años estos conceptos propios se convierten en refugios emocionales de nuestro falso yo, con el fin de hacernos creer que tenemos, y somos algo

que no es nuestra realidad. A veces hay gente que realmente es “pobre” (de escasos recursos económicos), pero si algo les molesta es quedar expuestos ante esta realidad; de manera que a veces tapan su condición de pobreza diciendo frases tales como: “yo sí puedo comprar pero no quiero”; en otras ocasiones están padeciendo hambre, pero prefieren despreciar que alguien los invite, con tal de no quedar expuestos ante su falta de dinero. Nosotros tenemos una programación psicológica de maldad, que somos capaces de convertir la verdad en mentira y viceversa; y tan crónico llega a ser el problema, que normalmente preferimos tener como realidad lo que sabemos que es mentira. Nuestro “falso yo” opta por vivir así con el fin de hacernos sentir “campeones”, hacernos creer que somos “mejores” que los demás, pensar que le podemos hacer frente a la vida porque otros están peor que nosotros, etc. La etapa de formación psicológica termina normalmente a los doce años de edad con el despertar del razonamiento reflexivo. La pregunta es: ¿Qué fue lo que vivimos durante esa etapa de formación que en la adultez preferimos la irrealidad en lugar de la realidad? Seguramente acumulamos muchos traumas y conflictos que hicieron que nos

refugiáramos en nuestro “Falso yo”, en un falso concepto de nosotros mismos. Veamos a continuación por qué razones necesitamos ser libres de esta manera de pensar:

1.- PORQUE NOS ENGAÑAMOS A NOSOTROS MISMOS:

Al vivir de esta manera llegamos a cauterizar nuestra conciencia, nos extraviamos de la Vida del Señor, y luego es casi imposible encontrar una liberación. Todos necesitamos aceptar y vivir nuestra realidad. Por ejemplo, no es pecado comprar ropa en las ventas de ropa usada, el pecado es presumir que esa ropa es nueva; No es pecado tener un carro antiguo, el pecado es presumir que ese auto es mejor que los nuevos. Seamos felices con lo usado y viejo que podemos tener, pero seamos realistas de lo que tenemos. Leamos a continuación algunas citas bíblicas que nos dicen claramente esta verdad:

Isaías 44:20

“De ceniza se alimenta; su corazón engañado le desvía, para que no libre su alma, ni diga: ¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?”.

S
E
M
A
N
A
—
2
—

El profeta dice que nuestro corazón se puede alimentar de ceniza. ¿Qué es la ceniza? ¡Nada! pero en la mayoría de veces el corazón se extravía por esa “nada”. Cuando vivimos a expensas del falso yo, realmente vivimos engañados, apegados a fantasías, y nos alejamos de la posibilidad de que Dios realmente nos liberte.

1 Corintios 3:18

“Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio”.

El apóstol Pablo nos hace hincapié a que lejos de creernos inteligentes, creamos que ignoramos mucho. Hay un dicho popular que dice: “en el país de los ciegos, el tuerto es rey”; y a veces eso es lo que pensamos en el interior, que somos más que otros por una ínfima virtud de inteligencia que creamos tener más que los demás. En realidad la mayoría somos normales, nadie es inteligente en extremo. A veces los padres creen que sus hijos son súper inteligentes porque saben usar un teléfono celular, o algún otro dispositivo electrónico, sin embargo, eso es algo que hoy en día todos los jovencitos saben hacerlo,

¿Dónde está lo peculiar de los hijos? ¡Son normales!, al igual que otros millones de jovencitos.

Gálatas 6:3

“Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña”.

Acá el apóstol Pablo nos insta a que no tengamos un falso concepto de nosotros mismos con el fin de no auto engañarnos. ¿Nos estamos engañando a nosotros mismos? Para ser libres, empecemos creyendo que en algo sí nos estamos engañando. El que cree que no tiene este problema es el que más se está engañando a sí mismo porque todos padecemos de este mal.

2 Timoteo 3:13

“mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados”.

¿Cuál es la ruta que vamos a vivir si no le ponemos un freno a esta forma de engaño? Seguramente iremos de mal en peor en nuestro caminar. La ruta de la restauración en esta área es desnudarnos completamente

delante del Señor; esa es la forma de ponerle freno al engaño.

Santiago 1:22

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos... v:26 Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana”.

Los que más se engañan a sí mismos se convierten en religiosos hipócritas. Acá el apóstol no está hablando de personas que están en el mundo, sino de los que somos parte de la Iglesia.

1 Juan 1:8

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”.

Muchos vivimos tan engañados que pensamos que ya no pecamos. Hemos dejado de vivir una vida de sinceridad y confesión delante de Dios. ¿Hace cuánto fue la última vez que le pedimos perdón a Dios por nuestros pecados? Hemos perdido la sana

costumbre de hacer un llamado a la
reconciliación con Dios.

S
E
M
A
N
A
—
3
—

2.- SI CREEMOS QUE
TENEMOS ALGO, NO
TENIENDO NADA; O QUE
SOMOS ALGO, NO SIENDO
NADA, NUESTROS
ESFUERZOS IRÁN
ORIENTADOS A LA
VANIDAD, Y DEJAREMOS
DE ESFORZARNOS POR LO
QUE DEBERÍAMOS.

Cuando no estamos conscientes de lo que
somos nos esforzamos por aquello que no
somos, y dejamos de hacer aquello para lo
cual fuimos llamados. De esto hay una
hermosa parábola en La Escritura. Dice
Jueces 9:8

*“... Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre
sí, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. 9Mas
el olivo respondió: ¿He de dejar mi aceite, con el
cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para
ir a ser grande sobre los árboles? 10Y dijeron los
árboles a la higuera: Anda tú, reina sobre
nosotros. 11Y respondió la higuera: ¿He de dejar
mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande*

sobre los árboles? 12Dijeron luego los árboles a la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros. 13Y la vid les respondió: ¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? 14Dijeron entonces todos los árboles a la zarza: Anda tú, reina sobre nosotros. 15Y la zarza respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, abrigaos bajo de mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano”.

De esta parábola podemos sacar muchas lecciones; una de ellas es lo que dijo la zarza. La mayoría de nosotros sabemos que una “zarza” es un arbusto que no produce ningún fruto comestible, y mucho menos sombra. En esta parábola vemos a una zarza que se engañaba a sí misma creyendo que podía dar sombra, cuando en realidad era lo que menos podía hacer. ¿No nos pasa esto muchas veces? ¿Acaso no nos desgastamos haciendo lo que por naturaleza no podemos hacer? y lo más triste es que dejamos de hacer lo que sí podemos hacer. Dios mismos no nos pone cargas que no podemos llevar. Necesitamos una liberación en esta área. Dios quiere que nos quitemos de encima una carga que nosotros, por medio de nuestro falso yo, nos hemos echado encima. A veces en los hogares

hay padres insensatos que le dicen a un hijo en especial, “hijo, todos tus hermanos me han fallado, pero tú eres diferente a ellos, eres casi un santo”. Esos padres no se imaginan la tremenda carga que le ponen a ese hijo al decirle estas cosas, pues, aunque el muchacho se llegue a creer que es mejor que sus hermanos, en el fondo sabe que no es tan buen hijo.

“Yo viví los momentos más difíciles en mi vida cuando mi padre estuvo involucrado en movimientos guerrilleros en Guatemala. Este tipo de acciones obligó a mi padre a tener que dejar su trabajo de enfermero en el Hospital San Juan de Dios en Guatemala capital, e irse a refugiarse unos meses a la aldea donde vivía su familia paterna. En ese tiempo él tuvo que andar de un lado a otro para que no lo mataran, pues, de sus compañeros de sindicato sólo quedaron vivos unas siete personas, de un grupo que inicialmente eran como setenta. En ese tiempo mi madre desarrolló su enfermedad de la diabetes; por otro lado, a mi hermana la mandaron a los Estados Unidos por su mal comportamiento, aunque regresó al poco tiempo igual. En medio de esa crisis a mi papá le salió un trabajo como enfermero en el área de Petén, y

debido a la distancia, él trabajaba de lleno quince días, y luego lo mandaban a la casa a descansar otros quince días. Mi casa se convirtió en una Sodoma y Gomorra los quince días que mi papá se iba a trabajar. Para ese tiempo yo conocí al Señor y procuraba apartarme de todas las cosas inmorales que mi familia cometía, aunque no por eso dejaba de ser pecador. Pero reconozco que en mi casa todos fueron corruptos. Habían veces que yo llegaba a la casa a buscar qué comer, y no estaba ni mi hermana, ni mi tía, ni mi madre. Hubieron ocasiones que mi madre se perdía hasta tres días y pasábamos sin saber nada de ella. Poco a poco empecé a darme cuenta por qué ellas nunca estaban en casa mientras mi papá estaba en su turno de trabajo. Mi papá cada vez que se iba a su turno de trabajo me decía: “Mientras yo no esté presente, sos el hombre de la casa, sos el que siempre ha estudiado, sos el bien portado, etc.” Yo empecé a creerme lo que mi papá me decía, aunque a la vez eso se volvió para mí una gran carga. A causa de todo el estrés que vivía mi padre con mi madre, mi hermana, y demás familia, en dos veces a él le dio derrame facial. Y cada vez que se cumplían los quince días en que mi padre regresaba a descansar a la casa, mi mamá y mi

hermana me amenazaban de que no le dijera nada a mi papá, porque peligroso le volvía a dar otro derrame. Al ver todo ese caos de mi familia, de la manera más orgánica, decidí liberarme de toda esa carga. Un día abordé a mi papá y le dije una por una todas las faltas que se cometían en la casa mientras él estaba ausente. Y le dije: Papá, le ha llegado el tiempo de que arregle su casa, eche a su esposa, eche a su hija, eche a los familiares que viven acá, o haga lo que usted crea conveniente, pero ya no aguanto estar callando más esta situación. Y eso me descargó a mi grandemente”. (Palabras textuales de hermano Marvin Véliz)

¿Cuántos de nosotros vivimos cargados por ser lo que no somos? Padres, ya dejen de creer que tienen los mejores hijos. No carguen tampoco a sus hijos haciéndoles creer que son “santos”. Si vivimos en la falsedad estaremos llevando cargas que no nos corresponden, y por ende, nos vamos a cansar. Esto lo debemos aplicar en todo sentido. Por ejemplo, si alguien cree que es apóstol, no siéndolo, llegará el día que va a tener que dar frutos de apóstol y se va a frustrar al darse cuenta que no tiene nada. Llevar la carga psicológica de querer ser lo que no somos es engañarnos a nosotros mismos. Uno de los rasgos que tienen muchos evangélicos es que son religiosos e hipócritas; aparentan ser espirituales, pero en realidad no tienen más que una fachada. Muchos pasan años sosteniendo el privilegio que le asignaron en la Iglesia, llámese “diácono”, “encargado de jóvenes”, “supervisor de distrito”, etc. pero saben que sólo tienen la fachada. A la “Presidenta de mujeres” le pesa llevar ese título porque sabe que en casa no se sujeta a su marido, sin embargo, le dice a otras que sean sujetas. Otros tienen el

S

E

M

A

N

A

—

4

—

título de “anciano”, y pretenden gobernar los asuntos de la Iglesia, cuando saben que en su casa no pueden poner en orden ni a los hijos.

Dice 1 Corintios 1:26

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles”.

¿Qué quería decir Pablo con estas palabras? Que Dios ha llamado al Evangelio a gente no muy “sabia” en lo secular, es decir, la mayoría no tienen carreras universitarias sobresalientes, ni mentes brillantes para lo científico. Tampoco entre nosotros hay muchos “poderosos” o “adinerados” (ya que el dinero es un poder). No hay muchos creyentes que tengan la capacidad de ofrendar \$100,000 para una necesidad de la Iglesia. Para toda necesidad de la Iglesia siempre hay que hacer un sin número de actividades porque nunca abunda el dinero entre nosotros. Igualmente escasean entre nosotros la gente con apellidos de clase de la alta sociedad. ¿Qué nos muestra esto? Que debemos aceptar lo que somos y lo que tenemos para poder ser libres; que no debemos vivir a expensas del “falso yo”, con

el fin de vivir para aquello que Dios espera de nosotros.

Debemos reconocer que el 99.9% de personas que conforman nuestras Iglesias son gente “normal”; no somos personas “extraordinarias”. El problema es que con el pasar de los años nos creemos personas “especiales”, personas “fuera de lo común”, pero eso es un engaño. No nos damos cuenta que tener un alto concepto de nosotros mismos nos impide ver las deficiencias que tenemos en nuestro interior. Algunos podrán decir: “Yo tengo el don de predicar la Palabra de Dios con Poder”. ¿Acaso no hizo Dios que hablara el asna de Balaam? ¿Dónde queda, entonces, el vanagloriarse por predicar, si hasta una burra pudo profetizar? ¿Acaso predicar no es un don dado por Dios de pura gracia?

La pregunta es: ¿Por qué Dios llamó al Evangelio a los del 99.9%?, es decir, ¿por qué Dios ha llamado a lo común, a lo normal? Y para dar respuesta a esta pregunta, vale la pena echar mano de las sabias palabras del hermano Watchman Nee, que un día dijo: “Es mejor tener a cinco hermanos “normales” que a un hombre con muchos

dones”. Dios se vale de los hombres “normales” para conformar Su Iglesia.

Dice Romanos 12:4

“Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, 5 así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. 6 De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; 7 o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; 8 el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría”.

Lo que está diciendo el apóstol Pablo en estos versos es que en la Iglesia hay miembros específicos que deben aportar para la edificación del Cuerpo conforme a la especialidad que Dios les ha dado. El apóstol no nos está retando a todos a enseñar, pues, es obvio que no todos tendremos ese “don”; más bien, le está diciendo a los hermanos que tienen ese carisma que lo pongan a disposición del Cuerpo. Pudiéramos decir que los versos anteriores se refieren a los

hermanos que tienen un “don” muy “específico dentro del Cuerpo de Cristo.

Al seguir leyendo el contexto de esta epístola encontramos lo que el apóstol Pablo le dice a los hermanos “normales”. Dice Romanos 12:9

“El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. 10Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. 11En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; 12gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; 13compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. 14Benedicid a los que os persiguen; bendicid, y no maldigáis. 15Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. 16Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”.

S

E

M

A

N

A

—

5

—

Como miembros del Cuerpo de Cristo debemos reconocer nuestras limitantes. No le podemos pedir al hermano que no sabe nada de música que toque la guitarra. Más bien, debemos aportar aquello que en la “normalidad” podemos dar. Pero si alguien considera que no tiene un don “específico”, pues, que dé lo normal que debemos tener todos los creyentes. ¿Cuál es esa normalidad? Una de las cosas normales es “manifestar el amor”, otra es “servir”, otra es “estar gozosos”, otra es “dar para las necesidades de los hermanos”, otra es “ser hospitalarios”, etc. Aunque no hubieran hermanos con dones “específicos” entre nosotros ¿Acaso no puede ser poderosa la Iglesia sólo con hermanos normales?

“A manera de Epílogo quiero confesarles lo siguiente: Yo descubrí que no soy un super dotado, que no soy alguien extraordinario, que no tengo grandes habilidades, ni grandes dotaciones en mí que abonen y acrecienten lo que tengo de parte de Dios. En mis años en el Evangelio he conocido hombres con una mente fotográfica que son capaces de replicar y aplicar lo que leen para luego

predicar la Palabra; he conocido hombres con una oratoria tal, que predicaban la Palabra del Señor de una manera muy hermosa; no así mi caso, y no lo digo con falsedad. También he descubierto que olvido muchas de las cosas que estudio en La Escritura; y es más, muchos de los mensajes que he compartido me cuesta trabajo repasarlos en mi mente. A menudo necesito volver a escuchar o leer lo que yo mismo he predicado. También he descubierto que no soy hábil para leer, razón por la cual nadie debe sentirse excluido de leer la Biblia, ú otros libros. Hasta el día de hoy me siento muy nervioso a la hora de predicar; y ni se diga de grabar alguna prédica en video. No soy un “influencer” en las redes sociales porque me pongo tan tenso a la hora de predicar ante una cámara, que no logro transmitir a cabalidad lo que quisiera decir. He llegado a la conclusión que lo que hago es por puro milagro de Dios.

Además de mi confesión acerca de los asuntos carismáticos, también quiero decirles que nunca fui un buen deportista. Practiqué “Baseboll”, boxeo, natación, fútbol, físico culturismo, tiro con arco, etc. pero en nada llegué a ser excelente. Y por último les confieso que tampoco soy músico, sólo hago

el intento y un gran esfuerzo ensayando para poder tocar con los que son músicos de verdad”.

Hermanos, a través de esta enseñanza lo que quiero es: animarles a que se liberen de cargas de auto engaño que han llevado, y que no tengan un alto concepto de ustedes mismos. Dios no necesita “súper hombres”, Él necesita hombres normales. Nadie se sienta descalificado por no tener algo extraordinario”.

Marvin Véliz
Apóstol de Cristo Jesús.